

El lugar que le corresponde a España

ELENA VALENCIANO*

EL MUNDO, 28.10.08

El 9 de marzo de 2008, el PSOE volvió a ser depositario de la confianza de la mayoría de la ciudadanía española, que en 2004 avaló -entre otras muchas cosas- una política exterior basada en principios y valores que son los mayoritarios en nuestro país: la democracia, la legalidad internacional, la lucha contra la pobreza, la defensa de la dignidad de todos los seres humanos, la preservación del planeta y la construcción de la paz y la seguridad.

Zapatero ha recuperado el lugar de España en el seno de la Unión Europea -tras unos años difíciles, de distancia con Francia y Alemania- para, a través de un multilateralismo activo, un compromiso firme por el desarrollo y la solidaridad, junto con la defensa de nuestros intereses y la apuesta por un nuevo diálogo entre distintas culturas, presentar ante los ciudadanos un proyecto de país fuerte y comprometido con un mundo más justo.

Somos un país, como todos, con fortalezas y debilidades, pero tras la historia de un largo y grave aislamiento, hemos avanzado rápidamente hacia el lugar que ocupan las naciones más desarrolladas y equilibradas del mundo. Esa era, es y seguirá siendo nuestra ambición.

Hoy, España ocupa el puesto número 13 en el ranking de las Naciones Unidas. Con más de un billón de euros, el PIB español es el 5º de la zona euro y el 8º del mundo. Tenemos una economía abierta, con un grado de apertura del 60%, sólo superado por Alemania entre las grandes

economías del mundo. Nuestra renta per cápita supera ya la media de la de la UE. Hoy 11 empresas españolas se sitúan entre las 500 más importantes del mundo (hace una década no había ninguna), y de los 16 bancos más sólidos en la escena internacional, dos son españoles.

España es el primer inversor en Latinoamérica, en el contexto de la actual crisis financiera, todos los organismos competentes han reconocido la solidez de nuestros bancos y de nuestro sistema crediticio.

Pero los criterios exclusivamente económicos no son suficientes para dar cuenta del valor creciente de nuestros activos. Hemos recuperado trampolines esenciales de nuestra proyección exterior: la imagen de país positivo y constructivo; la universalidad de nuestra cultura -con nuestro activo más importante, el español, a la cabeza-; los vínculos históricos, lingüísticos y culturales con América Latina, un nexo que tiene unas raíces humanas gracias a las migraciones en ambos sentidos; una relación positiva con Marruecos y el resto del mundo árabe...

Por otra parte, nuestras Fuerzas Armadas, también en su acción exterior, cumplen ejemplarmente con su tarea de proteger la seguridad colectiva y los principios internacionales y asumen, con honor y valentía, los compromisos de seguridad y defensa de nuestro país.

Pero, además, España es el país que más crece en ayuda al desarrollo y uno de los pocos que está cumpliendo con el compromiso fijado por las Naciones Unidas en cuanto a los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Hemos atendido, casi los primeros, el llamamiento de la FAO contra el hambre, somos referente mundial en la lucha contra la violencia de género y en el compromiso con las mujeres de los países más pobres...

También esta tarea nos hace más fuertes, más respetados y más queridos.

Nada de esto ha sido fácil, ni el rumbo de la acción exterior de un Estado puede corregirse de la noche a la mañana... Desgraciadamente, la última etapa del Gobierno de Aznar había enfriado la relación con muchos de nuestros aliados y socios, incluso nos había enfrentado a algunos importantes vecinos. España se vio situada en el lugar de un país que, sin comerlo ni beberlo, fue asociado a una mala aventura bélica -rechazada por el 90% de la ciudadanía- que, todavía, sigue comprometiendo la estabilidad mundial.

Hoy estamos en otra etapa y España ha sabido responder con firmeza a los desafíos que presenta un mundo complejo y multipolar. Por mucho que algunos no quieran reconocerlo, nuestro país goza de prestigio y reconocimiento internacionales. Somos interlocutores decisivos para muchas regiones y se atiende con interés el desarrollo de nuestras capacidades y de nuestros proyectos. Todo ello es el resultado de un esfuerzo colectivo de la ciudadanía, de las instituciones, de las empresas y los bancos, de los trabajadores y las trabajadoras, del mundo de la cultura y la creación, de la industria, de los partidos políticos... Y por eso, ahora, debemos reclamar el lugar que nos corresponde en las estructuras internacionales.

Cuando en los años 60 y 70 se fundaron los G-7 y G-10, España era un país en vías de desarrollo. En los años 90, cuando se dio paso a los países emergentes y a algunos otros europeos, el Gobierno de Aznar no hizo de nuestra entrada en el G-20 una prioridad, seguramente porque no lo era. En cualquier caso, desde los Gs y Bretton Woods, el mundo ha

ido cambiando y en el último año se ha puesto brutalmente de manifiesto la urgente necesidad de volver a pensar las reglas de control y supervisión de los mercados financieros, así como los sistemas de coordinación de la política económica.

Tras más de 30 años impulsando la globalización financiera y la desregulación, fundamentalmente en Estados Unidos, pero no sólo, la crisis actual hace necesaria una acción concertada entre los principales actores internacionales para evitar que algo similar vuelva a suceder y para sentar las bases de un sistema que se someta a la supervisión y control democráticos. Y ello no sólo para darle a los mercados una pátina de decencia, sino para alumbrar un sistema económico mundial más justo.

Debemos hacer todo lo posible por reformar el sistema financiero internacional y el FMI, pero es absolutamente necesario no olvidar los desequilibrios subyacentes, pues más allá de los desfases entre activos saludables y tóxicos o entre ahorro y consumo, existen desequilibrios que especulan con la vida y dignidad de las personas: la desigualdad, la miseria, la enfermedad y la pobreza. La nueva arquitectura internacional que los progresistas queremos alumbrar no puede perder de vista desafíos inaplazables como los Objetivos del Milenio o el cambio climático.

España debe ser convocada a esa tarea. No es un capricho ni una petición exagerada. Nos hemos ganado a pulso ese espacio por quiénes somos y por lo que podemos aportar. El Gobierno de Zapatero es la representación democrática de España y no caben trucos demagógicos

ni un apoyo cicatero como el que proponen los dirigentes del PP: «España se lo merece pero Zapatero, no».

Muchos otros países convocados a la cita del 15 de noviembre comparten con el presidente del Gobierno la voluntad de que España sea invitada y, así, lo han manifestado en estos días. No está de más recordar que esta reunión extraordinaria de los presidentes o primeros ministros del G-20 es, fundamentalmente, una iniciativa de la Unión Europea.

La crisis que se analizará en la reunión no es la consecuencia de un accidente natural, es el resultado de un modelo exageradamente descontrolado que ha facilitado la explosión de la avaricia y la rentabilidad a corto plazo, y sus responsables son conocidos: los ultradefensores del mercado por encima de todo, los enemigos del control público y del Estado, los que ridiculizan el modelo social europeo y cuestionan el valor de la acción política.

Bien, de todo ello quiere opinar España y su presidente, y muchos querrán escuchar lo que tenemos que decir. Porque hemos sido defensores de la cohesión territorial y social, de la garantía de las políticas sociales, del valor de lo público para equilibrar un sistema desigual y hemos trabajado bien el fortalecimiento de nuestro sistema financiero, que se ha revelado como uno de los más seguros del mundo.

Los esfuerzos por participar en la reunión del día 15 no son ni el principio ni el final de una estrategia. Desde el primer momento hemos creído en la necesidad de integrar la política exterior en un proyecto político

progresista global y coherente. El Gobierno ha trabajado de la mano de la sociedad española para recuperar el protagonismo que nos corresponde.

Ahora, la solvencia de nuestras inversiones en activos seguros (desde la gestión y supervisión del sistema financiero español a nuestra apuesta por la diplomacia, el multilateralismo activo y reformista, el fortalecimiento de la UE como actor global o una ambiciosa agenda progresista) nos hace acreedores del peso y legitimidad necesarios para ser partícipes de un tiempo para la reconstrucción geopolítica del mundo que irá mucho más allá del 15 de noviembre.

Nos corresponde un lugar en esa cita. Vamos a pelearlo.

*ELENA VALENCIANO es diputada y secretaria de Política Internacional y Cooperación del PSOE.